

Introducción

La primera edición de *Gramática de la gratitud* se publicó en el verano de 2013. Previamente, a lo largo de varios años, había ido poniendo en mi página web, www.bienvenidosalafiesta.com, reseñas de todos los libros que Chesterton publicó durante su vida, de las recopilaciones póstumas preparadas por sus editores y su secretaria, y de algunas otras posteriores, unas con artículos de prensa que no habían sido recogidos antes en libros, y otras con excelentes selecciones de textos.

Esto tuvo su origen en un plan de lectura que había comenzado con el deseo de reunir todas las observaciones de Chesterton acerca de los libros infantiles y juveniles. Empecé por sus obras traducidas al castellano; seguí con las originales disponibles en internet; aproveché un viaje a Inglaterra para leer varios libros que tenían unos amigos en su biblioteca; busqué los demás en el mercado de segunda mano; compré algunos volúmenes de las *Collected Works* de Ignatius Press con artículos de prensa; y llegué al último de los libros que tenía en mi lista cuando, en diciembre de 2012, se publicó una recopilación de textos suyos sobre Shakespeare, un libro que ampliaba otro semejante de hacía varias décadas.

Como consecuencia del trabajo anterior, después de la primera edición de *Gramática de la gratitud*, publiqué, en formato electrónico, tres libros muy apoyados en opiniones chestertonianas: en octubre de 2014 *La eficacia del optimismo*, dedicado a Dickens y sus obras; en noviembre del mismo año *Formas de la felicidad*, con comentarios a varios autores y libros sobre los que Chesterton escribió artículos o hizo comentarios relativamente largos y más o menos analíticos; y, en enero de 2016, *Una espléndida sinceridad*, sobre Robert Louis Stevenson y sus obras. De los tres, hubo luego nuevas ediciones mejoradas y ampliadas: de *La eficacia del optimismo* en junio de 2016, y de *Formas de la felicidad* en marzo de 2017.

A mediados de 2016 Ediciones Logos me pidió una versión resumida de *Gramática de la gratitud* y, con ese objetivo, preparé *Chesterton: un enamorado de la verdad*, que se publicó en Argentina en mayo de 2017. Además, los últimos años he tenido que dar algunas conferencias y escribir reseñas y textos de distinto tipo relacionados con Chesterton. Esos trabajos, uni-

dos a la lectura de libros sobre Chesterton que no conocía, y a relecturas de varias obras suyas en nuevas ediciones, me llevó a preparar esta segunda edición revisada y ampliada de *Gramática de la gratitud*.

A los lectores que ha tenido este libro hasta el momento les interesará saber que las diferencias entre esta segunda edición y la primera son estas:

–la semblanza biográfica es mucho más extensa;

–he incluido comentarios a varios libros más en el apartado «Información biográfica»: la biografía de Michael Ffinch, el libro editado por D. J. Conlon, la breve semblanza de Dale Ahlquist, el libro de William Oddie, y la biografía de Nancy Carpentier sobre la esposa de Chesterton;

–están mejoradas y ampliadas las reseñas de varios libros de Chesterton; están actualizados los datos de las nuevas ediciones en castellano de sus obras; hay comentarios a dos libros que no figuraban en la primera edición, el volumen 37 de las *Collected Works* y la recopilación *El amor o la fuerza del sino*;

–he puesto varias decenas de notas nuevas: unas, con referencias a libros de interés; otras, acerca del eco de Chesterton en distintos autores; algunas más con datos biográficos de nombres que se citan en el texto;

–naturalmente, he procurado revisar el texto exhaustivamente para corregir erratas y mejorar la redacción de frases o párrafos.

Puede dar idea de las diferencias expresarlas en números: en folios, 165 y 191; en caracteres con espacios, 517.000 y 616.000; en notas, 119 y 209.

«Información biográfica» contiene un resumen de la vida de Chesterton y comentarios a varias obras biográficas: unas con testimonios de primera mano, de personas que le conocieron, y otras publicadas muchas décadas después; de estas últimas faltan algunas de los años setenta y ochenta del siglo pasado pero, por lo que sé, puede considerarse que su contenido está integrado en las últimas de Pearce, Oddie, Ker y Carpentier.

A continuación agrupo las reseñas de libros de Chesterton en: recopilaciones de artículos, libros de viajes, libros sobre la fe católica, ensayos, ensayos biográficos e históricos, novelas,

recopilaciones de relatos cortos, poesía y teatro. Es el sistema que me pareció más adecuado cuando empecé con todo esto pero, sin duda, otros podrían ser igual de buenos.

Algunas indicaciones son:

–los títulos de los libros y de los relatos van en cursiva y los títulos de capítulos, o de artículos dentro de los libros, van entre comillas;

–las referencias que aparecen en cada reseña corresponden a la edición de la que tomé notas; los textos que van entrecomillados pertenecen a esa edición; si la edición que usé fue la inglesa, las traducciones son mías; a veces he renunciado a presentar una traducción y, simplemente, reproduzco el texto de Chesterton con una versión muy libre;

–los datos editoriales que doy se corresponden con los libros que he usado y conozco;

–normalmente uso los títulos de libros y de capítulos de la edición que usé, lo que quiere decir que, si ha sido la inglesa, están en inglés, aunque a veces ponga una traducción castellana mía;

–aunque tal vez bastaría con señalar que, para descargar versiones originales de algunos libros, se puede recurrir a Gutenberg.org, Archive.org y, sobre todo, a la página de Martin Ward, <http://www.cse.dmu.ac.uk/~mward/gkc/books/index.html>, en muchos casos pongo las direcciones completas porque no está de más indicarlo.

He tenido dudas en relación a qué poner y no poner en las notas al pie. Al final he intentado seguir las siguientes pautas:

–no ponerlas en el caso de autores o personas que se citan y que son, según mi criterio, sobradamente conocidos;

–sí ponerlas cuando yo mismo he hablado de esos autores en otros lugares, en especial si en mis comentarios a ellos he incluido citas de Chesterton;

–poner una dirección de Wikipedia relativas a personas, empresas, o sucesos que me parece que son menos conocidos, aunque de más está decir que se puede acudir a esa misma fuente de consulta para los demás nombres que se citan;

–añadir, en ciertos casos, consideraciones o referencias bibliográficas que me han parecido pertinentes.

Mis objetivos principales siguen siendo los que dije al publicar la primera edición: uno, general, dar una idea lo más completa posible del pensamiento, las argumentaciones y el estilo personal de Chesterton; otro, particular, el mismo que tuve cuando empecé con el plan de lecturas chestertonianas, el de pasarlo bien y aprender.

Decía entonces que no sabía, y a fecha de hoy sigo sin saber, si, en cuanto a la cantidad –unos ochenta libros, unos doscientos relatos cortos, más de cuatro mil ensayos y columnas periodísticas...–, una obra tan enorme tiene parangón, algo imposible de dilucidar en cualquier caso dadas las dificultades que siempre tienen esta clase de comparaciones. Pero, en cuanto a la calidad, pienso que a Borges hay que comprenderlo literalmente cuando afirmaba que «la obra de Chesterton es vastísima y no encierra una sola página que no ofrezca una felicidad»¹, y cuando decía que «quizá ningún escritor me haya deparado tantas horas felices como Chesterton»². Ni una sola página y ningún otro escritor: por mi parte puedo afirmar lo mismo y aseguro que, aunque ni mucho menos tanto como Borges, a estas alturas de la vida he leído mucho.

1 Jorge Luis Borges, *Biblioteca personal* (1988), Madrid: Alianza, 1997, p. 18.

2 Jorge Luis Borges, *Prólogos de La Biblioteca de Babel* (1975-1981; 1995), Madrid: Alianza, 2001, p. 68.

Borges también dijo: «Pienso que Chesterton es uno de los primeros escritores de nuestro tiempo y ello no sólo por su venturosa invención, por su imaginación visual y por la felicidad pueril o divina que traslucen todas sus páginas, sino por sus virtudes retóricas, por sus puros méritos de destreza».

Jorge Luis Borges, *Ficcionario. Una antología de sus textos* (1985), edición, introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1997, 2ª reimpr., p. 120.

Información biográfica

Resumen de su vida

Gilbert Keith Chesterton nació en el barrio londinense de Kensington en 1874. Su familia era de clase media. Tuvo una hermana cinco años mayor que él, que falleció cuando él tenía tres años, y un hermano, Cecil, cinco años menor, que siempre compartió con él su afición a conversar y polemizar interminablemente sin irritaciones ni enfados: «nunca dejamos de discutir y no nos peleamos una sola vez», escribió en su *Autobiografía*. Su padre, Edward, una persona muy amable que gestionaba una inmobiliaria familiar, era un gran conocedor de toda la literatura inglesa y tenía muchas aficiones artísticas: escribía, dibujaba, pintaba, fabricaba juguetes para sus hijos, les leía constantemente, les alentaba para que aprendieran poesías de memoria, creaba en ellos «una permanente expectación» de la sorpresa. De su madre, Maria Louise, la cuñada de Chesterton diría que era «la más hospitalaria de las mujeres»: aunque parece ser que mandaba mucho, nunca reprendía a sus hijos por faltas de puntualidad o de orden, y tanto Chesterton como su hermano fueron dejados en gran libertad. Tal como indican sus biógrafos, la estabilidad emocional, la afabilidad de su carácter, la felicidad natural de su temperamento, Chesterton las adquirió gracias al afecto y a la dedicación de sus padres.

Asistió a una escuela preparatoria, un tiempo del que hay poca información, aunque se conservan libros de ejercicios, con cuentos y escritos, que dan a entender su naciente creatividad. Se incorporó, cuando tenía 13 años, al colegio de St. Paul como alumno externo. Allí, dijo de sí mismo, «yo era totalmente feliz siendo el último de la clase» y «la principal impresión que causaba en la mayoría de mis maestros y en muchos compañeros, era la convicción bastante bien fundada de que estaba dormido». Con el paso del tiempo, sin embargo, afloraron sus cualidades artísticas y literarias: fue nombrado presidente de un club de debate que formó con varios compañeros y que puso en marcha una revista mensual en la que Chesterton publicó poemas, relatos, artículos y dibujos. Era un buen caricaturista y dibujante cómico y, de hecho, en el futuro pondría

imágenes a varias novelas de su amigo el escritor e historiador Hilaire Belloc³.

Como deseaba ser pintor –tal vez no por convicción sino inducido por su padre– comenzó estudios en la *Slade School of Art* de Londres, que abandonó al cabo de un año y después de pasar por una época depresiva. Los dos cursos siguientes asistió a clases de distintas materias –el primer año Arte, Latín, Inglés, Francés; el segundo dejó Latín y Arte y eligió Historia y Economía política– en el *University College* (al que pertenecía la *Slade School*). Este modo de proceder no era infrecuente y no impedía el acceso futuro a la Universidad; de hecho, pocos años después le propondrían una cátedra en Birmingham, propuesta que declinó. Durante unos seis años trabajó como lector en editoriales, primero unos meses en una pequeña especializada en espiritismo y temas teosóficos, y después varios años en otra importante. Según muchos testimonios tanto su memoria como su capacidad de captar lo esencial de lo que leía eran prodigiosas.

Empezó pronto a escribir en periódicos, al principio haciendo reseñas de libros y luego dando también sus opiniones sobre cuestiones sociales y políticas un poco a contracorriente pues le incomodaba, en especial, la identificación del imperialismo con el patriotismo que fue mayoritaria en la opinión pública de su país durante la guerra en Sudáfrica contra los Boers (1899-1902). En 1901 dejó su trabajo en la editorial para dedicarse a ser periodista y escritor pues pensó que así se ganaría mejor la vida. De modo independiente, después de un proceso de reflexión que le llevó varios años, afianzó sus convicciones cristianas, cercanas al catolicismo e incluso casi coincidentes

3 Hilaire Belloc. Historiador y escritor inglés. 1870-1953. Su relación con Chesterton fue muy estrecha. Tiene voz en www.bienvenidosalafiesta.com. Una buena biografía suya es la de Joseph Pearce *El viejo Trueno*. Biografía de Hilaire Belloc (Old Thunder: A Life of Hilaire Belloc, 2002). Madrid: Palabra, 2016.

Como de otros autores y figuras de la vida pública inglesa que se citarán, vale la pena leer su perfil en el libro de Ignacio Peyró, *Pompa y circunstancia* (2014), Madrid: Fórcola, 2014, p. 131.

Una explicación sucinta de cómo Belloc «adelanta ideas que se convertirán más adelante en argumentos centrales del debate cultural contemporáneo», de cuál fue su «trabajo intelectual lleno de sinceridad y de rectitud de intención», y de cuáles fueron sus limitaciones, está en el libro de Mariano Fazio, *Cristianos en la encrucijada: los intelectuales cristianos en el período de entreguerras* (2008), Madrid: Rialp, 2008.

con él. Luego, en ese sentido, pero no sólo en él, le influyó conocer a Belloc en 1900.

Su acercamiento a la religión aumentó cuando empezó su noviazgo, y después se casó en 1901, con Frances Blogg (1870-1938), que era una anglicana convencida, lo que actuó como un catalizador que asentó su fe cristiana. Por un lado, el sentido práctico de Frances le sorprendió y le cautivó: no había visto a nadie antes que practicara sus obligaciones y devociones religiosas con tanta naturalidad como quien cuida su jardín; por otro, eso también le ayudó a dejar sus actitudes anticlericales, algo que en lo que también influyeron algunos clérigos anglocatólicos de los que se hizo amigo. El matrimonio Chesterton vivió en Battersea, Londres, hasta 1908, año en el que trasladaron a Beaconsfield, un pueblo a unos cuarenta kilómetros al oeste de Londres. Allí vivirían el resto de su vida, primero de alquiler en una casa llamada Overroads y, unos años después, en una casa propia conocida como Top Meadow. En 1904 conocieron al sacerdote católico irlandés John O'Connor (1870-1952), que, aparte de inspirarle a Chesterton el personaje del padre Brown, acabó convirtiéndose para los dos, pero incluso más para Frances, en una persona de total confianza.

Los apuros económicos que pasaron en los años primeros de su matrimonio fueron remitiendo según fue creciendo el trabajo y el éxito de Chesterton. De publicar en revistas de alcance pequeño pasó a ser más conocido cuando, en 1901, empezó a escribir en el *Daily News*; y mucho más cuando, en 1903, empezó una columna semanal en ese mismo periódico, y, en 1905, fue contratado para otro artículo semanal en *The Illustrated London News*. A eso se unió que, durante la primera década del siglo, publicó nada menos que dieciocho libros –poemarios, biografías, novelas, ensayos, recopilaciones de artículos– y que su popularidad, que se propagó pronto a Estados Unidos, creció mucho debido a su talento como autor de relatos policiales, en especial con la creación de un detective tan singular como el padre Brown, cuya primera recopilación, *El candor del padre Brown*, se publicó en 1911.

Aquí conviene hacer una pausa en la narración de los hechos para, siguiendo un poco el excelente libro de William Oddie que más adelante citaré, explicar la evolución interior de Chesterton durante la última década del siglo XIX y los primeros

años del siglo XX: en ella se anudan estrechamente dos hilos, el de su acercamiento a la fe cristiana y el de las convicciones de tipo social y político que adquiere.

En ese proceso hay varios puntos de giro decisivos en los que abandona unas posturas juveniles claramente deudoras de los ambientes en los que se había movido –la religiosidad humanitaria y antidogmática del unitarismo al que se adherían sus padres y un popular predicador, al que oía y admiraba, llamado Stopford Brooke⁴– hacia otras claramente identificables como católicas. Aquí conviene advertir que tanto Chesterton y sus amigos emplean, en sus escritos de la época y de acuerdo con los usos propios del anglicanismo, el término católico y no el término anglocatólico; Cecil, por ejemplo, habla de que su hermano se convirtió en el campeón de una ortodoxia católica estricta y esto, algunos, lo han interpretado equivocadamente como un error, dado que Chesterton se hizo católico romano en 1922.

Por un lado, en los cuadernos de notas juveniles de Chesterton el tema que aparece con más frecuencia, y que se formula con más energía, es el del agradecimiento por la creación, por su propia existencia y por todo lo existente. Dirá en su *Autobiografía* de que «un fino hilo de agradecimiento» siempre le mantuvo unido a «un resto de religiosidad». Un ejemplo que lo ilustra es su famoso poema *By the Babe Unborn* (Antes de nacer) –que al final del libro citaré completo–, escrito hacia 1898 y que tiene algo de manifiesto, de convicción básica y de rebelión contra el clima de la época. Pero, además, son varios los momentos concretos de sus años juveniles que, como señalé arriba, son como puntos de giro intelectual que, hay que añadir inmediatamente, se convertían enseguida en puntos de giro vitales pues, cuando Chesterton alcanzaba una convicción, en adelante razonaba y actuaba ya siempre conforme a ella.

Uno importante, del que habla en su *Autobiografía*, se dio con motivo de una conversación que tuvo, durante su estancia en la *Slade School*, el año 1894, con un tipo completamente amoral que le infundió un gran temor. Cuando este individuo le preguntó por qué estaba volviéndose ortodoxo, Chesterton le

4 Stopford Brooke. 1832-1916. Predicador y escritor de origen irlandés. Se hizo famoso por su elocuencia. Chesterton asistió muchas veces a sus sermones en la capilla de Bedford, Bloomsbury. Más información en [https://en.wikipedia.org/wiki/Stopford_Brooke_\(chaplain\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Stopford_Brooke_(chaplain))

respondió que «soy ortodoxo porque he llegado a darme cuenta de que la herejía es peor que el pecado». En un artículo conmemorativo publicado en el *Daily News*, en 1907, titulado *The Diabolist*, contó esa conversación y explicó que un error es más amenazador que un crimen, pues el error engendra crímenes: por ejemplo, un imperialista es peor que un pirata ya que un imperialista tiene una escuela de piratas... Se deduce también de su relato que Chesterton no se había pensado antes a sí mismo en esos términos y que, a partir de ahí, se abrieron paso en su mente los conceptos de herejía y ortodoxia que desarrollaría más adelante.

Otro punto a destacar se aprecia en los poemas escolares con motivos religiosos que escribió. Unos, dedicados a santos como san Francisco de Asís o san Francisco Javier. Otros, a la Virgen, en especial el titulado «Ave María» en 1892, a quien miraba entonces sólo como un icono de la pureza y de la maternidad; aquí hay que decir que no era inusual la devoción a la Virgen en los círculos anglicanos en los que se movía Chesterton, pero sí era singular, por lo que se sintió aliviado cuando, al unirse a la Iglesia Católica, vio que su «excentricidad» era completamente normal en ella. También hay poemas sobre Jesucristo que, leídos consecutivamente, después de algunos favorables hacia su figura pero contrarios a la Iglesia, conducen a uno especialmente significativo: *Parables*, escrito a finales de 1896, en el que por primera vez confiesa creer en su divinidad.

Para mostrar el segundo hilo al que me referí más atrás, lo primero que se ha de subrayar es que hay ideas que Chesterton había hecho suyas antes de su acercamiento a la religión y que no son consecuencia ni de su amistad con Hilaire Belloc ni de su fe cristiana, como a veces se presentan, aunque luego vayan entrelazándose con sus convicciones religiosas. Por ejemplo, ya en sus años escolares manifestó gran admiración por la revolución francesa y por la Francia republicana; también se declaró un oponente furioso al autoritarismo del zar y a su persecución de los judíos (de su club de debate juvenil, de doce personas, cuatro eran judíos); idealizó pronto la Edad Media, en buena parte por el impacto que le causó el famoso libro *Merrie England* (que publicó en 1893 quien sería su rival dialéctico años después, Robert Blatchford⁵), lo que le llevó a un profundo rechazo de la versión oficial de la historia de su país, aparte

5

Robert Blatchford. Periodista inglés. 1851-1943.

de confirmar sus simpatías primeras por las ideas socialistas. Pasado el tiempo diría que se hizo socialista porque, cuando era joven, le parecía intolerable no serlo ya que los socialistas parecían ser los únicos que criticaban las desigualdades sociales.

Del mismo modo, su profundización en la fe cristiana fue paralela con la decisión que tomó, al comienzo de su carrera, de luchar contra los decadentes y los pesimistas que más influían en la cultura de la época, tal como cuenta en su *Autobiografía*. Así, el lema «El arte por el arte» que proponían Oscar Wilde⁶ y sus seguidores decadentistas le parecía intelectualmente ridículo e incluso dañino: para Chesterton una parte fundamental del valor de una obra de arte está en su contenido moral; además, Wilde no sólo planteaba la irrelevancia de la moralidad sino también la corrupción de la virtud. También le repugnaba la filosofía subyacente al impresionismo, tal como la presentaban James Whistler⁷ y algunos profesores que tuvo en la *Slade School*, con sus ideas a favor del escepticismo, el subjetivismo y el relativismo; y sus planteamientos de que, aunque la vida no es un sueño, puede ser moldeada por el soñador, es decir, su despreocupación acerca del dogma de la realidad de otro mundo y su afirmación dogmática sobre la realidad de este mundo. Igualmente le preocupaba la influencia de las ideas pesimistas de Arthur Schopenhauer⁸ y eso le llevó a buscar y seguir con entusiasmo a quienes él veía como héroes del optimismo: en especial a Jesucristo (antes de creer en él como Hijo de Dios lo veía como el gran optimista de la historia), a Walt Whitman⁹, a san Francisco, a Robert Browning y a Robert Louis Stevenson.

Como se verá en el comentario a *Las controversias Blatchford*, 1903 es un año de referencia ya que, por primera vez, Chesterton confiesa pública, persistente y, a veces, agresivamente su fe cristiana, que presenta como un modo de percibir la realidad y como un medio para entender lo que, de otro

6 Oscar Wilde. Escritor irlandés. 1854-1900. Tiene voz en www.bienvenidosalafiesta.com.

7 James Whistler. Pintor estadounidense que vivió gran parte de su vida en Inglaterra. 1834-1903.

8 Arthur Schopenhauer. Filósofo alemán. 1788-1860.

9 Walt Whitman. Poeta norteamericano. 1819-1892. Su obra principal fue *Hojas de hierba* (*Leaves of Grass*), que publicó por primera vez en 1855 y que corrigió y amplió muchas veces a lo largo de su vida: pasó de los doce poemas de la primera edición a más de cuatrocientos en la última.

modo, parece y es incomprensible¹⁰. Publicó su primer artículo en polémica con Blatchford en marzo de 1903, y hacia el final de ese año ya se comprueba en sus textos que Chesterton poseía un conjunto de creencias bien articuladas acerca de la naturaleza de la fe cristiana, y consistentes con las posiciones eclesiológicas y dogmáticas de los círculos anglicanos en los que se movía.

Esas posiciones espirituales e intelectuales fueron cuajando del todo en los años siguientes, con la publicación de nuevos libros: algunos tan reveladores de sus conocimientos artísticos y literarios como sus biografías sobre Watts y sobre Dickens; otros tan directos y controvertidos como *Herejes*; otros tan sorprendentes por su enfoque como sus novelas *El Napoleón de Notting Hill* y *El hombre que era Jueves*; y otros tan decisivos para él y para muchos como fue *Ortodoxia*, un libro con el que ya están puestos los fundamentos de su vida y de su producción en las décadas posteriores.

La intensa actividad intelectual y social de Chesterton en esos primeros años del siglo, unida también a su apariencia física —medía casi dos metros y pasó de ser alto y delgado, a prin-

10 Al final del capítulo XIV, «El Gran Milagro», de su libro *Los milagros*, C. S. Lewis —al que citaré de nuevo en otras notas posteriores— hace una descripción, con mucho de autobiográfica y que bien podría firmar Chesterton, sobre cómo alguien puede acabar aceptando el cristianismo. Dice Lewis que «su credibilidad no se basa en evidencias. Pesimismo, Optimismo, Panteísmo, Materialismo, todos tienen su evidente atractivo. Cada uno es confirmado a primera vista por multitud de hechos; después, cada uno de ellos encuentra obstáculos insuperables. La doctrina de la Encarnación actúa en nuestras mentes de forma completamente diferente: excava por debajo de la superficie, se abre paso a través del conjunto de nuestros conocimientos por canales inesperados, armoniza mejor con nuestras más profundas aprehensiones y nuestros pensamientos segundos, y en unión con ellos mina nuestras opiniones superficiales. Tiene muy poco que decirle al hombre que todavía está cierto de que todo camina hacia la perdición, o que todo va a mejor, o que todo es Dios, o que todo es electricidad. La hora llega en que todos estos credos de saldo total comienzan a decepcionarnos. El que el acontecimiento ocurriera de verdad es una cuestión histórica. Pero cuando nos volvemos a la historia no le exigimos esa clase y grado de evidencia que con todo derecho postularíamos para aquello que es intrínsecamente improbable; sólo la clase y grado de evidencia que pedimos para algo que, si se acepta, ilumina y ordena todos los otros fenómenos, explica ambas cosas, nuestra risa y nuestra lógica, nuestro temor de los muertos y nuestro conocimiento de que de alguna manera es bueno morir y que, de un golpe, cubre lo que multitud de teorías separadas difícilmente cubrirían si ésta se rechaza».

C. S. Lewis, *Los milagros* (Miracles, 1947), Madrid: Encuentro, 1991, pp. 214-215.